

en diez años no lograron bautizar más que un millón de neófitos y después de ella, era tan abundante el número de los convertidos, que, como dice el P. Mendieta, sucedía con frecuencia que los sacerdotes no podían levantar el brazo para bautizar. ¿Qué era esto sino la virtud fecundísima de aquella Madre de bondad que quería ostentar por sí misma el prodigio de la gracia de conversión? Pero observad el secreto de todo, y no nos llamará la atención. En el establecimiento del Cristianismo en otras regiones, los taumaturgos del Evangelio obraban milagros tan estupendos, que las almas no podían resistir á su influjo. Nada ó casi nada de esto notamos en Méjico. Los indios iban entrando á millares diariamente sin más prodigios que contemplar la hermosura celestial de María.... La modestia de sus ojos entreabiertos, la sonrisa de sus purpurinos labios, la bondad de las manos plegadas y el conjunto de toda la pintura tenía para ellos encantos tan peregrinos que se sentían irremisiblemente vencidos y cambiados en lo interior. Era la conquista pacífica del amor que se apodera de los corazones y difícilmente suelta la presa. Ellos no sabían darse cuenta de lo que les pasaba; pero era lo cierto que corrían en pos de la fragancia de sus aromas. Y entretanto María iba echando tan hondas raíces en este suelo que ni el tiempo, ni las persecuciones, ni la acción de los enemigos unidos contra su obra podrán oscurecer el brillo de su conquista.

Y como quería afianzar para siempre su dominación, soltó los raudales de sus bondades en favor de los hijos predilectos mejicanos. Díganlo si nó las innumerables misericordias que á manera de lluvia torrencial, descargó sobre su pueblo. Cuando de 1541 al 45 la terrible epidemia del Cocolixtli aca-

bó con cerca de ochocientos mil, la Virgen de Guadalupe fué quien contuvo los estragos merced á la procesión de seis mil niños que salió de Santiago Tlaltelolco. Igual beneficio concedió en 1597 á las provincias mejicana, mixteca y zapoteca que en diez años quedaron diezmadadas por la misma epidemia. ¿Quién no sabe la tradición de aquella espantosa inundación de 1629, en que perecieron treinta mil mejicanos y que sólo por los multiplicados beneficios que diariamente les concede en las enfermedades, cárceles, destierros y miserias para concluir que es la Reina indiscutible de México?

¿Que le falta para asegurar su trono? ¿La elección popular? Pues no careció de ella. Corría el año de 1777, cuando la espantosa peste del Matlazahuatl hizo estragos tan espantosos, que en pocos meses sembró la ciudad de unos setecientos mil cadáveres. Afligidas las autoridades eclesiástica y civil por la catástrofe, acudieron á la que era su única esperanza y determinaron consagrarle de la manera más solemne los campos y las ciudades, declarándola Patrona y Reina de toda la nación. En 24 de Abril del mismo año, el entonces Virrey de España y Arzobispo de Méjico D. Antonio Vizarrón y Eguileta seguido de ambos Cabildos Catedral y Colegial, del Ayuntamiento y de lo más granado de la ciudad y de los Estados, entonces llamados provincias, delante de un concurso inmenso de gentes, juraron á la Virgen del Tepeyac vasallaje, como á Suprema Emperatriz, juramento respetado hasta nuestros días. Mas yo no quería hablar de este compromiso de honor arrancado por la fuerza de la calamidad, por más que sea de un precio inestimable. Es inmensamente de más valor el sentimiento universal, unánime y perpétuo de todo el pueblo profundamente convencido de que la Señora del Tepe-

yaces la Reina sin disputa de todo cuanto tiene y de todo cuanto es. El mejicano no sabe ni puede prescindir en nada de María Santísima, como que la lleva grabada en las últimas telas de su corazón cristiano. En su nombre se entrega á las rudas faenas del campo, se mete en las entrañas de la tierra y se lanza á los peligros de la mar: este nombre preside las juntas, afirma los contratos y sella las obligaciones mutuas: por él pide las aguas regeneradoras para sus hijos, las bendiciones para los matrimonios y la gracia para sus almas. Este nombre llena por completo su vida; en él sueña, despierta trabaja y descansa y siéntese tan saturado de Guadalupe, como el campo por el vivero de agua que salta de sus entrañas y todo lo riega y fecundiza. En las espesuras de los bosques vírgenes veréis colgada de añejos troncos su hermosa efigie y delante de Ella postrados los humildes leñadores; en las ciudades congregados los ricos y pobres en actitud devota y más allá de los mares en tierras desconocidas doquiera se junten dos mejicanos, espontáneamente brotará el nombre de la Madre de Guadalupe de todos los labios como cuerdas de instrumento músico pulsadas al unísono por la misma mano. Y como si fuera poco para un corazón filial, contemplad esas numerosas y férvidas peregrinaciones, venidas desde los últimos confines, arrostrando dificultades insuperables menos para su entusiasta corazón, cargados de aromáticas flores y sazoados frutos, primicias de los jardines y campos y entre canciones del más apasionado amor, publicando por doquier con una voz unánime y poderosa con el grito de cien generaciones, que el monte del Tepeyac es el Sinaí de Méjico y este prodigioso templo el magnífico palacio de la Madre, Patrona y Reina de toda la nación. Esas plegarias y cantos,

en alas del fervor cristiano, deben de impresionar al corazón de la Virgen Madre y allá en la corte celestial dirá á sus ministros: Aquí está mi corazón y mis ojos y permanecerán para siempre.

## SEGUNDA PARTE.

El amor y devoción á María Santísima de Guadalupe, no es privilegio particular de ninguna provincia, más así como Ella tiene Benjamines á quienes concede señaladas pruebas de misericordia, así hay ciudades y provincias que parecen las abanderadas del amor mariano. Y entre ellas cabe poner en primera fila la Diócesis de Querétaro, como lo demostrará una lijera ojeada de su historia. Si vuestros padres ó hijos de aquella noble tierra hubieran querido poner sus glorias en las cosas humanas no les faltaban títulos cuando el Emperador Carlos V, á los pocos años de conquistada, ya le daba el escudo de armas con el título de Muy noble, Muy leal: mas ellos buscaron honores que no pudieran carcomer la polilla y glorias más duraderas que el tiempo. Pocos años después de la maravillosa aparición, los dieciseis sacerdotes únicos que contaba entonces la ciudad, se juntaron bajo un mismo pensamiento y decidieron consagrarse á la Virgen del Tepeyac, y levantarla un templo digno de la Señora, que como decía D<sup>a</sup> Mariana de Austria en la cédula de concesión era el consuelo y devoción de aquella provincia. Este pensamiento, como todo lo noble y santo, llenó de entusiasmo los corazones de nuestros padres. Concedido el permiso de edificar el templo reuniéronse los sacerdotes bajo la dirección del piadoso D. Lucas Guerrero, quien había llevado de Méjico la insigne pintura que todavía se venera en el oratorio del Liceo Católico.

Cuatro fueron los célebres bienhechores de esta obra que la formaron con sus riquezas. El ya mencionado D. Lucas Guerrero; el Pbro. D. Juan Caballero y Osio, quien levantó la Iglesia; el tercero D. Fausto Merino, quien la heredó con siete haciendas y con gran cantidad de alhajas para vasos sagrados, y D. Ramón Jiménez del Guante, quien la dejó por herencia cuatro haciendas; aparte de otros desprendidos y generosos corazones que la ofrecieron preciosos regalos. Terminada la obra material fué agregada por el Papa Benedicto XIII á la Basílica Lateranense y con esto alcanzó el mayor de los honores, aquella Iglesia que después de la Colegiata, era la primera en grandiosidad, riquezas y arte levantada en toda la República á María Santísima de Guadalupe. A la sombra de este famoso templo fué creciendo con grande fervor la Congregación de Clérigos seculares, como se llamaba, consagrada á la Virgen de Guadalupe. En el Breve de Inocencio XI expedido en 1677, á ruegos del P. Juan Monroy el Papa la agregaba á la Congregación de la Doctrina Cristiana en Roma, y decía que sus individuos debían ejercitarse en obras de piedad y caridad, *pietatis et charitatis*. Y á la verdad, cumplió con perfección estos oficios; porque en lo material, fundó hospedería para pobres y peregrinos, y era de ver el fervor con que aquellos piadosos sacerdotes lababan los pies, daban de comer y ejercían mil actos de cristiana caridad con los pobres hospedados. Y juntamente con estas obras materiales ejercían saludable influencia en los corazones, no ó los de la ciudad sino de los contornos. Las comunidades religiosas solicitaron ser agregadas á esta piadosa hermandad de la Virgen y participar de sus privilegios. Las religiosas carmelitas de S. José fueron las primeras; pero los franciscanos fueron

quienes le dieron mayor gloria. De allí salió el célebre Fray Francisco Frutos, celoso propagandista de la Virgen de Guadalupe en pinturas, lienzos, mármoles, bronces; allí caldeó su alma el inmortal Fray Antonio de Margil, apóstol de gran parte de la República y especialmente de Coahuila, Monterrey y Zacatecas, y quien se llamaba á sí mismo: El negrito de María de Guadalupe; y por fin de allí salieron los primeros evangelistas de Nicaragua, formados á la sombra y al regazo de la Virgen de Guadalupe. Ni quiso ser menos la autoridad civil en el santo empeño de venerar á la Reina de Méjico. En 1737 mandó al coronel D. José Urtiaga, como representante del Estado en la jura del patronato; á los veinte años mandó celebrar suntuosas fiestas, con motivo de confirmar la Santa Sede el Patronato, y desde 1760 estableció anualmente y para siempre, solemnidades religiosas y civiles en memoria de haber librado la ciudad de una gran cantidad de rayos que cayeron el 12 de Mayo del mismo año. No se avergonzaban de encabezar sus escritos y ordenamientos con el nombre y para gloria de María de Guadalupe, antes invocaba su protección para todo acto civil.

Así, á la sombra de tan buena Madre, iba desarrollándose la vida de aquel Estado, hasta que el Vicario de Jesucristo la eligió en Diócesis. Su primer Obispo, el Señor D. Bernardo Gárate, puso desde luego todo empeño en formar el Seminario, y no teniendo á quien confiar aquel plantel de sacerdotes y de sabios más que á la que es Asiento de la Sabiduría, á Ella la dedicó con el título de Guadalupe; no es de admirar que tanto él como su digno colaborador y primer Rector, D. Manuel de Castro y Castro, reportaran abundantes frutos de ciencia y santidad, como atestiguan algunos todavía pre-

sentos. Al segundo Prelado D. Ramón Camacho, le tocó continuar la obra, como lo hizo con el celo y actividad dignos de su santa memoria. Por no herir al que tenemos presente y tercero de los Obispos, nada diré, pero podrán contarlos la renovación del templo de la Congregación en 1886 y la consagración en Noviembre de 1888; la consagración de toda la diócesis, y sobre todo la grande obra debida á su iniciativa, y que tomó aumento en toda la República; las peregrinaciones anuales que por veinte años ha traído á este santo recinto, el amor de los queretanos, el ejemplo de su piadoso fervor é interpretación más genuina de la devoción de todos aquellos, que, permaneciendo en sus casas, ardían los corazones de devoción. Gloria especial, que otras diócesis la han pretendido para sí, más no podrán disputar á la de Querétaro. Bien pudiera mencionar el magnífico fresco de esta Basílica y otras obras realizadas por nuestro Prelado. Pero bastante abusé de vuestra paciencia, y queda demostrado que esta peregrinación es la confirmación de aquella verdad, que los queretanos han cifrado sus mayores glorias en el amor á la Virgen de Guadalupe. Volvamos en conclusión á Ella nuestras miradas y saludémosla con efusión.

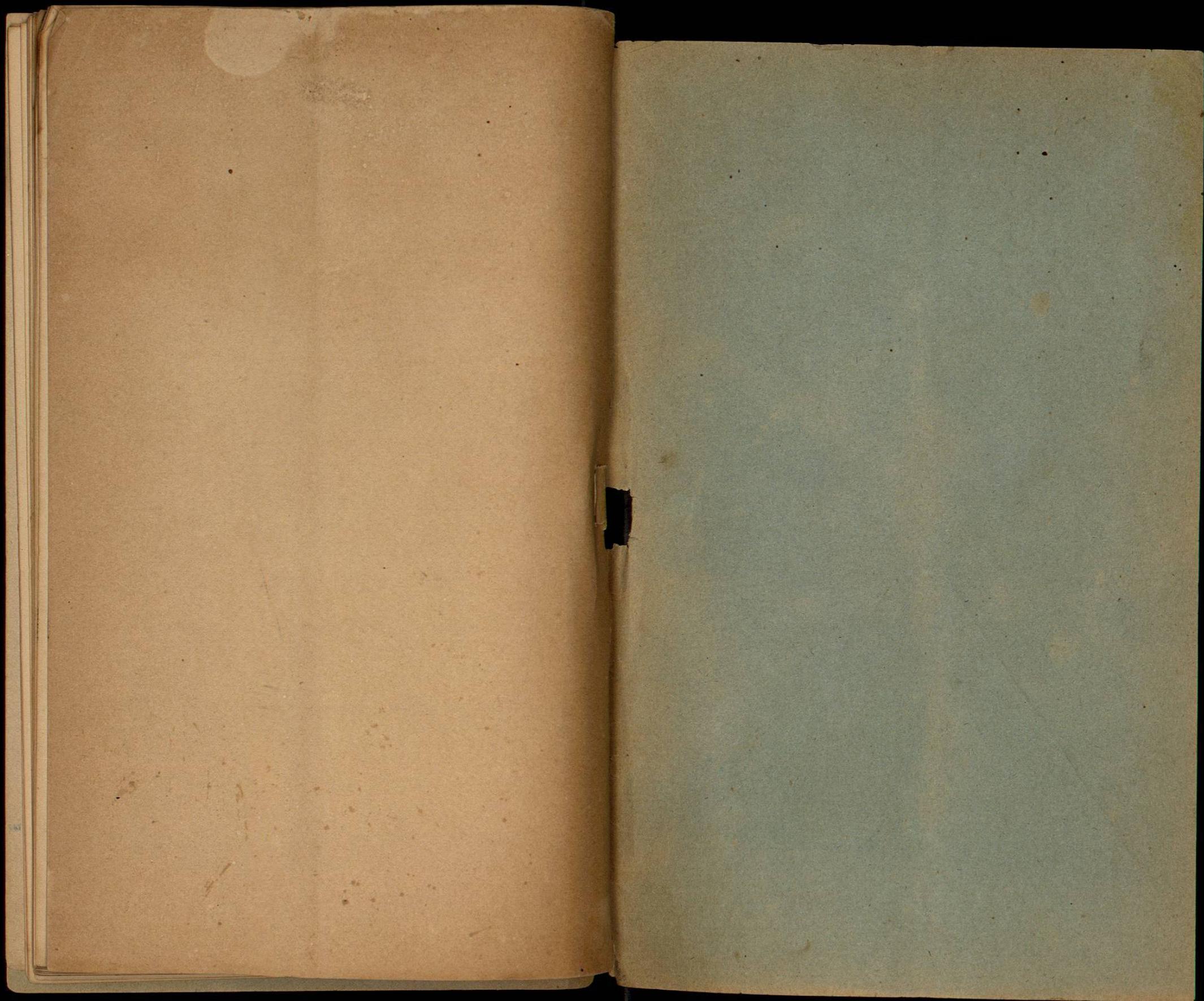
¡Oh Virgen inmaculada y Bendita! recibid en este día las alabanzas de todo el universo y en especial del pueblo mejicano. Aquí tenéis á vuestros predilectos, los queretanos: es aquel Prelado que con amor siempre joven extiende vuestro reinado: Ahora que está al fin de una jornada gloriosa, espera de Vos el anticipo de un premio con el aumento de vuestro amor: dádselo en cambio de lo mucho que ha trabajado por Vos. Aquí tenéis al nuevo Prelado; por primera vez, después de su consagración, viene á daros el testimonio de su enarde-

cido amor y depositar á vuestros piés sus vestiduras sagradas para que le deis la bendición y las torne santificadas por vuestras manos. Concedédsele y llenad su alma de los divinos dones para que empiece y consuma una carrera gloriosa.

Aquí tenéis por fin al pueblo, que viene en representación de toda la Diócesis: son aquellos corazones valientes, que vinieron á pié con grandes dificultades, aquellos cristianos invencibles que no se doblaron ante las injurias de la impiedad y las bur-las de los malvados; es aquel orfeón que nunca entona mejores armonías que cuando celebra vuestras grandezas; son, en una palabra, aquellos hijos amantes, que en Vos cifran su gloria, su orgullo y su amor. Recibid las demostraciones de su amor; dadles una bendición y que la lleven á su tierra como prenda de vuestra protección en vida y una eterna felicidad en el cielo. Amén.



005293





009